

¿Qué nos dejó el Concilio Vaticano II?

Ricardo Bendaña, S.J.

Mucho se ha escrito sobre el Concilio Vaticano II. Por tratarse de un Concilio pastoral, comencemos preguntándonos: ¿qué podemos ver en ese gran acontecimiento que naturalmente estimule y satisfaga nuestro interés? Una buena guía puede ser responder a las siguientes preguntas: ¿Qué cambió significativamente el Concilio Vaticano II en la vida de los católicos, de los cristianos, de la humanidad?, ¿Por qué el papa Juan Pablo II dice que *“A medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor y su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. Después de concluir el Jubileo siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”* (Novo Milenium, 57).

Pertenezco a “la generación del Concilio”. Ingresé a la Compañía de Jesús cuando fue convocado, en 1959. Viví el largo proceso de mi formación mientras se preparaba y realizaba el Concilio. Era el tema de conversación, lectura, estudio y hasta exaltados debates. Me ordené de sacerdote cuando acababa de clausurarse. Este enorme cambio conformó el modo de entender y vivir de esa generación de católicos, nos hizo diferentes, nos marcó. Unos nos llamaron “la nueva ola”, otros, según sus simpatías o antipatías, de muy diversas maneras. Algunos pudimos acoplarnos a esa difícil reforma, otros, por exceso o por defecto, no. El post-concilio o crisis histórica que siguió fue muy conflictiva. Esa difícil transición no correspondió solo a la Iglesia católica, sino a lo que entonces comenzaba a darse a todo nivel en el mundo. Era el inicio del paso de una era a otra. Para situarlo en su contexto y luego valorar justamente los cambios que indujo, en

este artículo vamos a considerar el Concilio Vaticano II en su marco histórico, en su *antes* y su *después*.

Pre-Concilio. Leamos el Concilio desde América Latina. A partir del siglo XVI, cuando fuimos conquistados y evangelizados, recibimos un catolicismo post-tridentino, es decir, a la defensiva contra la Reforma protestante, temeroso a los cambios de la modernidad naciente. El Concilio de Trento (1545 -1563) puso las bases de lo que algunos han llamado "la Contra-Reforma" que subrayó lo literal, lo jerárquico, lo sacramental. Lo fundamental era la institución, la autoridad, la obediencia. Esto estableció una Iglesia muy institucionalizada, rígida, rica y poderosa.

En contraste con las ambiciones de los conquistadores y encomenderos, desde el principio hubo obispos y muchos misioneros que, conociendo el Evangelio, hablando las lenguas nativas y recorriendo todos nuestros países, entraron en una profunda relación con los naturales de estas tierras. Si el mestizaje étnico se dio por la fusión de los conquistadores con las indígenas, el mestizaje cultural se dio por el encuentro de la religiosidad autóctona con la cristiana, de las lenguas, costumbres y espiritualidad del lugar con la hispana recién llegada. Entre otros efectos este cruce de intereses dio origen a una religiosidad popular muy arraigada, a vigorosas expresiones religiosas donde se conjuntaron los ritos nativos y cristianos como, por ejemplo, en las procesiones, las oraciones llenas de cantos, velas, flores e incienso, la visión cíclica del tiempo, la relación con la naturaleza y los demás, un cierto idealismo ascético místico fuertemente marcado por el símbolo de la cruz y la pasión, el sometimiento fatalista a los designios divinos representados por quienes tenían autoridad, por la unidad familiar patriarcal, la paciencia y estoicismo ante las adversidades, la caridad y hospitalidad, etc., etc. Sin embargo fue una *evangelización inconclusa* por la carencia de recursos humanos, la dependencia del Real Patronato, las persecuciones liberales y las incoherencias de bastantes agentes de pastoral, a pesar de los magníficos apóstoles y santos que han habido en todos los tiempos.

El largo proceso de inculturación del cristianismo, con sus luces y sombras, se extendió a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII de vida colonial y comienzos de la época independiente. La gran crisis comenzó con el triunfo de los liberales sobre los conservadores, con lo que irrumpió el positivismo inspirado por Augusto Comte que

confrontaba la razón y la ciencia con la religión, el trabajo y el progreso con la costumbre y resignación, la competencia e intereses individuales con el conformismo, la pasividad, la subsistencia económica y social, el acomodamiento pueblerino. La mutua intolerancia de esos tiempos, produjo una Iglesia inflexible que durante el siglo XIX y comienzos del XX se hizo fuerte fortaleciendo la disciplina y la tradición familiar, anatematizando al que no siguiera sus doctrinas tradicionales. Expresión de esta postura fue el Concilio Vaticano I (1870) que entre los pocos acuerdos proclamó *“la infalibilidad pontificia”*. El desgaste fue muy fuerte, pero como las raíces eran tan profundas, hasta mediados del siglo XX el catolicismo siguió siendo la religión de la casi totalidad de nuestros pueblos.

Este componente socio-cultural nos hace recordar a los campesinos y a las mujeres como los grandes defensores de la tradición y de la familia cristiana, cuando la mayoría de la población habitaba en el campo. Las ciudades eran pequeñas. Los criollos y ladinos que fuimos beneficiados por la reforma liberal comenzamos a compartir un pensamiento y hábitos más abiertos a la modernidad, pero en el seno familiar éramos fieles católicos, conservadores de la tradición. A los que estudiamos en colegios católicos o éramos miembros de alguna asociación católica, nos educaban para ser *“muy obedientes y respetuosos”*, nos preocupaba la salvación de *“el alma”*, nos sabíamos el catecismo de memoria, íbamos a *“oír la misa”* en latín acompañada con cantos gregorianos, nos confesábamos, de limosna dábamos unos centavos y hacíamos algunas obras de caridad, rezábamos el rosario y otras devociones, nos absteníamos de comer carne los viernes y días de guardar, las mujeres usaban mantilla en el templo, le teníamos gran devoción a La Virgen María, leíamos vidas de santos, nos persignábamos al pasar frente a las iglesias, reverenciábamos a los pocos sacerdotes que había, emocionados le besábamos su anillo al obispo, admirábamos al Papa, participábamos en las procesiones, posadas y nacimientos de semana santa y navidad y, si podíamos, cada año íbamos en peregrinación a algún santuario, nos engalanábamos y gozábamos las fiestas patronales, estábamos convencidos de que *“fuera de la Iglesia no hay salvación”*. Por eso nos sentíamos muy orgullosos y seguros de ser católicos, hecho que, unido a la ignorancia y a los prejuicios familiares y sociales de ese tiempo, nos inducía a ser *“anti”* masones, protestantes, comunistas, modernistas, etc. A

grandes rasgos esa era nuestra concepción de la Iglesia y nuestro comportamiento como católicos.

Algo comenzó a cambiar al llegar con el siglo XX las empresas agro-exportadoras estadounidenses, el dólar, los protestantes, los emigrantes, la electricidad, los automóviles, la industria, los sindicatos, el fútbol, las máquinas de escribir, los nuevos colegios, el cine y los discos, las revistas, las modas, los aeroplanos, las radio difusoras, los viajes al extranjero, las noticias de revoluciones y de guerras, las clases medias, etc. Las dos guerras mundiales trajeron grandes cambios en la humanidad. El sufrimiento aceleró la búsqueda de alternativas, la ciencia y la tecnología se aceleraron, el mundo se polarizó en dos bandos, el capitalista y el socialista, que nos llevaron la llamada "Guerra Fría". Esto tuvo repercusiones y costos que traspasaron todas las naciones, iglesias e instituciones en general. Surgieron muchas corrientes de pensamiento y propuestas de solución, haciendo correr mucha saliva y tinta, mucho sudor y sangre.

En el seno de la Iglesia católica germinaron muchas iniciativas, entre ellas, la renovación teológica, el acercamiento a los Santos Padres de la Iglesia primitiva, la reforma litúrgica, los estudios bíblicos, el diálogo entre iglesias cristianas, las misiones extranjeras, la doctrina social, la acción católica, los sacerdotes obreros, la *Nouvelle Theologie*, etc. Gobernada como muchas naciones de ese tiempo, la Iglesia estuvo regida por papas autoritarios que se preocuparon mucho de la Iglesia en sí misma, manteniéndose aún a la defensiva frente a las novedades de la modernidad. El último de ellos fue el papa Pío XII a quien le tocó vivir el drama atroz de la II guerra mundial y la implantación del comunismo en gran parte del mundo.

A partir de 1943 Pío XII dio algunas señales de apertura enfatizando la naturaleza orgánica de la Iglesia (encíclica *Mystici Corporis*), promoviendo una lectura menos fundamentalista de la biblia (encíclica *Divino Afflante*), sugiriendo renovación y más participación en la liturgia (encíclica *Mediator Dei*); sin embargo en 1950, con la encíclica *Humani Generis*, previene contra las peligrosas tendencias de la nueva teología, el riesgo del relativismo al situar los dogmas en sus contextos históricos, al acercamiento temerario a otras religiones, pidió control sobre todos aquellos que pudieran poner en peligro la unidad de la Iglesia. A algunos de los

más destacados teólogos, como los dominicos Congar, Chenu o los jesuitas De Lubac, Rahner, Teilhard de Chardin, entre muchos, se les silenció y se les prohibió enseñar o publicar. Se extendió un ambiente de sospecha y condena al modernismo, hasta se llegó a hablar de convocar un Concilio para condenar los errores modernos como el existencialismo, poligenismo y otros. Entonces, también, se condena al comunismo por su concepción materialista y atea y por perseguir la religión, la Iglesia sufre y cierra filas pero, convirtiéndose en símbolo de la resistencia y libertad, se fortalece en Occidente. Se dan algunos signos de este fortalecimiento como el auge de vocaciones, el movimiento "Por un Mundo Mejor", el surgir de algunos movimientos laicales, el impulso misionero, etc.

El Concilio. En 1958, tras la muerte del papa Pío XII, que había impuesto un estilo de autoridad muy enfático, queda un gran vacío de poder. Como "*papa de transición*", teniendo ya 77 años, eligen al patriarca de Venecia, al papa Juan XXIII. Un hombre sencillo y sabio que se dejó llevar por el Espíritu. Por eso, el 25 de enero de 1959, tuvo la osadía de convocar un Concilio ecuménico para poner la Iglesia al día (*aggiornamento*). A la sorpresa de la convocatoria siguió un muy difícil proceso de preparación.

Sobre la realización del mismo Concilio, entre el 11 de octubre de 1962 y el 8 de diciembre de 1965 se ha escrito mucho. Fue una experiencia teológica y espiritual profunda. Dejemos a los testigos directos contar esta historia como muy bien lo han hecho. Pasemos a lo que ese magno acontecimiento nos dejó.

Post-Concilio. El Concilio Vaticano II fue un gran examen de conciencia de la Iglesia, tanto hacia adentro como hacia fuera de sí misma. Cuando en el cincuentenario del comienzo del Concilio, el 11 de octubre de 2012, el papa Benedicto XVI inauguró el Año de la Fe, afirmó que este Concilio desencadenó "*un movimiento espiritual*", avivó un "*impulso interior*" que, consideramos, comparando con la época pre-conciliar, ha dejado a la Iglesia post-conciliar, entre otros, importantes pasos como:

- El paso de una Iglesia que privilegia la Tradición a una Iglesia que a la vez le da gran relevancia a la Palabra de Dios;
- El paso a una Iglesia que quiere que todo lo humano encuentre eco en su corazón y por eso invita a todos

los cristianos a comprometerse en la construcción de un mundo mejor, del Reino de Dios;

- El paso de una Iglesia muy segura de sí misma, a una Iglesia que necesita escuchar y estar en permanente proceso de discernimiento leyendo los signos de los tiempos y del Espíritu para convertirse y estar al día;
- El paso de una Iglesia a la defensiva, temerosa de los avances de la modernidad, a una Iglesia que mira con amor la evolución;
- El paso de una Iglesia que se considera a sí misma “una sociedad perfecta” a una más modesta, hermana de la Humanidad y en permanente renovación;
- El paso de una Iglesia autoritaria a una Iglesia que dialoga, respeta la dignidad de sus miembros, tratándolos como mayores de edad;
- El paso de una Iglesia que se ve a sí misma, a una Iglesia que tiene como horizonte el ser servidora del proyecto del Reino de Dios y de toda la humanidad;
- De una Iglesia clerical, a una Iglesia pueblo de Dios en el que los laicos también son corresponsables y copartícipes en la realización de la misión, participantes de la función sacerdotal, profética y real de Cristo;
- El paso de una Iglesia auto-suficiente, a una Iglesia que necesita acercarse a las otras iglesias para dar testimonio de unidad en la diversidad;
- El paso de una Iglesia que celebra sus liturgias en latín y canta en gregoriano, a una Iglesia que se incultura y se acerca a los fieles celebrando en todos los idiomas y cantando en todos los ritmos;
- El paso de una Iglesia que se siente juez, a una Iglesia madre y maestra;
- El paso de una Iglesia que condena, a una Iglesia que reconoce sus pecados, pide perdón, comprende y se acerca a la Humanidad;
- El paso de una Iglesia que reprueba, a una Iglesia sacramento de reconciliación y de la misericordia de Dios;

- El paso de una Iglesia rígida a una Iglesia que respeta y se adapta a las diversas culturas y tiempos;
- El paso de una Iglesia estructurada piramidalmente donde el papa centraliza toda la autoridad, a una Iglesia donde la colegialidad episcopal y entre los obispos y sus sacerdotes y fieles es importante;
- El paso de una Iglesia aliada de los poderosos a una Iglesia que hace opción preferencial por los pobres;
- El paso de una Iglesia que se sabe portadora de la santidad divina, pero también del pecado de la humanidad;
- El paso de una Iglesia firmemente establecida a una Iglesia en búsqueda, peregrina en la historia de los hombres;
- El paso de una Iglesia extemporánea a una Iglesia actualizada que busca el modo de comprender y hacerse comprender por los demás, de ser creíble y comunicarse (*aggiornamento*).